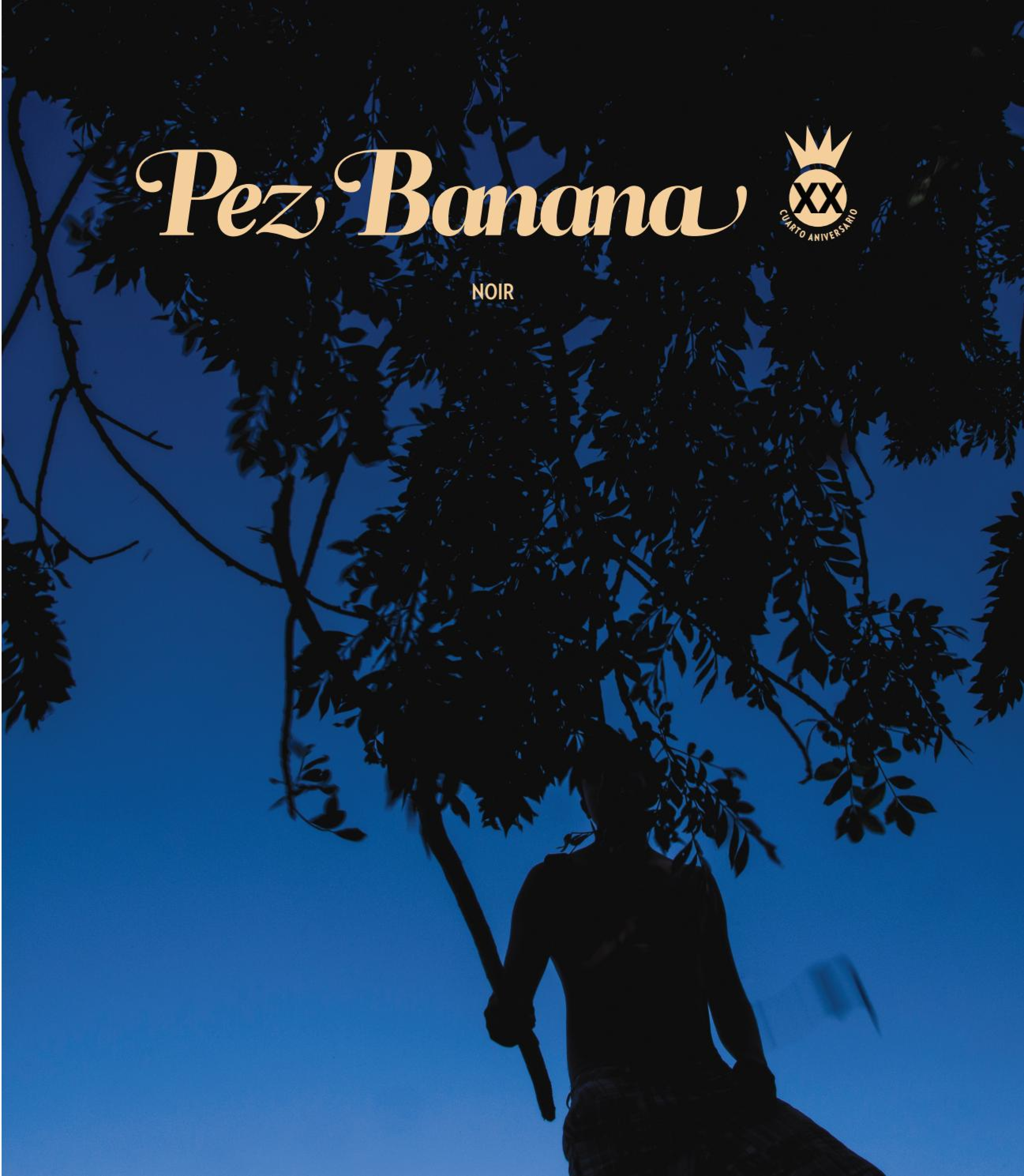

Pez Banana
XX
CUARTO ANIVERSARIO
NOIR

Pez Banana

DIRECTORIO

DIRECTOR EDITORIAL:
IVÁN BALLESTEROS ROJO

COEDICIÓN
IVÁN FARÍAS
IMANOL CANEYADA
HILARIO PEÑA
ALFONSO LÓPEZ CORRAL

DISEÑO:
LEONEL LÓPEZ

CONSEJO EDITORIAL:
SALINGER (†)
PAOLA TINOCO
RENÉ LÓPEZ VILLAMAR
ALFONSO LÓPEZ CORRAL
BRUNO MONTANÉ
FRANCO FÉLIX

VENTAS:
JAVIER B. ESQUER
662.225.8560

CONTACTO:
  @pezbanana1
pez.banana.5
 pezbananamx

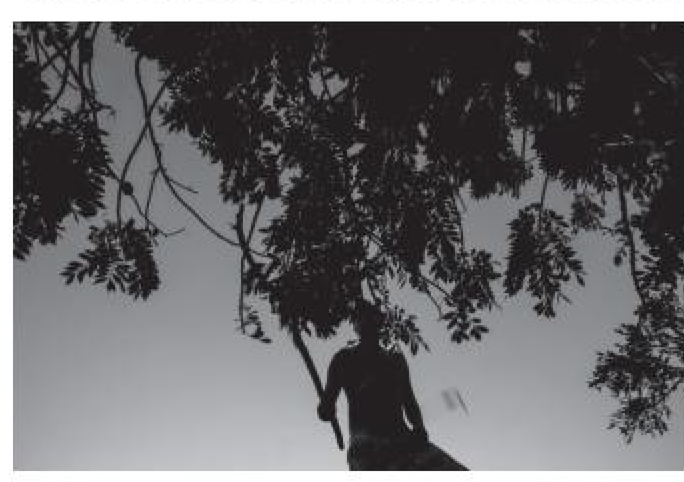
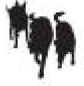


Foto: Yael Martínez.

WWW.PEZBANANA.NET

Registro SON 00183-05-14
Hermosillo, Sonora. Septiembre, 2016

Pez Banana No. 20 es una publicación independiente. Las imágenes utilizadas tienen un fin didáctico y no lucrativo. Esta publicación es realizada por Editorial Tres Perros. El contenido de los textos es responsabilidad de sus autores. Se autoriza la reproducción y difusión por cualquier medio, haciendo referencia a la fuente. Tiraje 3000 números.



EDITORIAL

«Una de las pocas diversiones intelectuales que aún le quedan a la humanidad es la lectura de novelas policiacas».
-FERNANDO PESSOA

Los enigmas por resolver otorgan al ser humano la sal necesaria para que se cocine adecuadamente su existencia. Lo obvio es aburrido y grosero. Necesitamos internarnos en los motivos que generan discordia y obsesión. Necesitamos suponer caminos para vislumbrar las incógnitas que nos rodean. Necesitamos historias negras que nos ayuden a enfocar la vertical luz de lo monótono. Necesitamos remover la membrana que cubre las apariencias. Necesitamos atestiguar la traición y la venganza: esos momentos que alimentan con sombras las entrañas de los humanos. Necesitamos leer novelas negras para jugar partidas de ajedrez con la muerte. Para dialogar con el asesino en pasillos teñidos de niebla. Necesitamos el mal, parafraseando a Bataille, para no marchitarnos.

En *Pez Banana* honramos a un tipo de novela que, por más ninguneado que sea, ha producido el ensayo más relevante sobre la naturaleza humana. Un tratado descomunal sobre la inteligencia, la transgresión, el placer y el crimen. Obras que enloquecen a lectores en todo el mundo. Ofrecemos este número negro, ahora que pareciera darse un repunte de narradores del género, esperando que las tramas detectivescas hilvanen respuestas a preguntas que aún no nos hemos formulado. Para nosotros es un goce contar con el respaldo de colaboradores que alimentan el *Noir* mexicano en cada una de sus publicaciones; además de cubrir la tapa y centrales con la impresionante serie de Yael Martínez, *La casa que sangra* (2016), que es en sí misma una magistral obra negra. Adelante. Celebre con nosotros cuatro años de crimen.

COLABORADORES

YAEL MARTÍNEZ VELÁZQUEZ (TAXCO, 1984). Ha participado en muestras colectivas en México, Chile, Brasil, Colombia, Suiza, Estados Unidos y España. Ha expuesto su trabajo en el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo y en la Galería Ixcateopan del Centro Cultural Acapulco. Obtuvo la beca de Jóvenes Creadores del Fonca en las emisiones (2011 y 2013 y recientemente), la beca del Programa de Formación Fotoensayo (2010-11), la beca del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero (2008 y 2014). Recibió el Premio de Adquisición XXXIV Encuentro Nacional de Arte Joven 2014. Nominado para el wordpress photo Joop swart Master Class, 2015. Su obra forma parte de las colecciones Museo de Arte Contemporáneo de Aguascalientes, la Fototeca Nacional del INAH y la Secretaría de Cultura de Guerrero.

IMANOL CANEYADA (SAN SEBASTIÁN, 1968). Es escritor y periodista. Ha publicado *Las voces de la arena* (Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo, 2008). *La ciudad antes del alba* (Premio Regional de Cuento 2009, Instituto Sudcaliforniano de Cultura) y *La nariz roja de Stalin* (Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández, 2011). Es uno de los autores de novela negra más destacados de México, por obras como *Tardarás un rato en morir* (Suma de letras, 2013), *Espectáculo para avestruces*, (Arlequín, 2012) y *Las paredes desnudas* (Suma de letras, 2014). Recientemente fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares, que otorga la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), por su más reciente novela, *Hotel de Arraigo* (Suma de letras, 2015).

HILARIO PEÑA (MAZATLÁN, 1979). Es uno de los animadores más refrescantes de la literatura mexicana en el género policiaco. Sus novelas *Malasuerte en Tijuana* (Mondadori, 2009), *La mujer de los hermanos Reyna* (Mondadori, 2011) y *Juan Tres Dieciséis* (Random House, 2014) han sido recibidas con entusiasmo por lectores de todo el país. Su más reciente novela es *Pégale al diablo* (Nitro/Press, 2016).

IVÁN FARÍAS (CIUDAD DE MÉXICO, 1976). Es narrador y crítico de cine. Con el libro de cuentos *Entropía*, ganó el premio Beatriz Espejo en 2003. Ha aparecido en las antologías *El cuerpo remendado*, *Lados B* y *Bella y Brutal Urbe*. Es compilador de la antología de cuentos policiaco, *México Noir* (Nitro/Press, 2016). Colabora con revistas como *Playboy*, *Letras Libres*, *Yaconic*, entre otras.

ALFONSO LÓPEZ CORRAL (NAVOJOA, SONORA, 1979). Escritor e investigador. Ha publicado los libros de relatos *La noche estaba afuera* (Tres perros, 2009) y *Musiquito de talón* (Tierra Adentro, 2014), con el que ganó el Premio Nacional de Relato Joven, Comala 2013.

CÉSAR SILVA MÁRQUEZ (CIUDAD JUÁREZ, 1974). Es narrador y poeta. Ha publicado las novelas *La balada de los arcos dorados* (Almadía, 2014), *Juárez Whiskey* (Almadía, 2013), *Una isla sin mar* (Mondadori, España, 2009) y *Los cuervos* (Tierra Adentro, 2005). Los poemarios: *El caso de la Orquídea dorada* (2010), *La mujer en la puerta* (2007), *Si fueras en mi sangre un baile de botellas* (2005), Par/ten (2000). Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras/Border of Words 2005, Estatal de Ciencias y Artes Chihuahua 2010 (novela), Nacional de Cuento San Luis Potosí 2011 y Nacional de novela José Rubén Romero 2013.

DANIEL HERRERA (TORREÓN, 1978). Es escritor, profesor y periodista. Ha publicado en distintas revistas nacionales como *Replicante*, *Moho*, *Letras Libres*, *Armas y Letras*, *Punto de Partida* y *La Tempestad*. Ha publicado las novelas *Con las piernas ligeramente separadas* (ICC, 2005) *Polvo rojo* (Ficticia, 2009), *Melamina* (Tierra Adentro, 2013) y *Quisiera ser John Fante* (Moho, 2015).

RENÉ LÓPEZ VILLAMAR (CIUDAD DE MÉXICO, 1979). Es escritor y editor. Colabora como crítico en publicaciones de México y España. Colabora con revistas como *La Tempestad*, *Tierra Adentro* y *Pez Banana*. Recientemente se ha aventurado a comentar libros convirtiéndose en youtuber.

JOSÉ SALVADOR RUIZ (MEXICALI, 1971). Es escritor y académico. Recientemente publicó el libro de cuentos *Hotel Kennedy* (Artificios, 2016).

IVÁN BALLESTEROS ROJO (HERMOSILLO, 1979). Es escritor y editor. Ha colaborado con revistas como *La Tempestad*, *Diez4*, *Vice*, *Replicante*, *Hermano cerdo*, *Sin embargo*, entre otras. Dirige *Pez Banana*.

EL LECTOR NEGRO

RENÉ LÓPEZ VILLAMAR

El policiaco es el género literario por excelencia. El crimen es tan viejo como la ficción. El hijo predilecto que conspira contra el padre, el fruto robado del árbol de los dioses, un asesinato entre hermanos: tan viejo como el crimen es el detective que lo investiga. Si bien el crédito formal del nacimiento de la novela policiaca se le atribuye a Edgar Allan Poe, en realidad la narración del crimen es la primera narración que conocemos. El género suele festejarse como un espejo sin tapujos ni censura de nuestra sociedad, pero no suele mencionarse que es también un espejo de la forma en que leemos, es decir, de nuestra forma de pensar.
Toda narrativa es narrativa policiaca. En el centro siempre se esconde un crimen o un enigma criminal. Excepto en los malos escritores (en dónde el crimen existe en el editor que los publicó), bajo cada narrativa corre una historia secreta que el lector-detective debe tratar de descubrir antes de llegar al final. Esto es lo mismo ya se lea a Dostoievski, a Camus, a Cervantes o a Wallace. A veces el misterio es la voz del narrador, en otras, la intención de un personaje, en algunas más la comprensión de la misma realidad. El genio de la narrativa policiaca, desde Poe, es hacer explícita en la trama lo que en otros géneros es sólo metáfora. Por eso el lector tiende a identificarse con el detective y al autor con el criminal. Quizá esté de más decirlo, pero lo que busca un gran autor de cualquier género con sus obras es conseguir ejecutar el crimen perfecto.



Ilustración: Jordi Bernet..

No es de extrañar que Poe, maestro del cuento clásico, estudioso de su estructura, fuera quien ideara a Auguste Dupin. Sherlock Holmes es el ejemplo perfecto del lector del cuento clásico: un lector dispuesto a descubrir la historia secreta en los detalles más sutiles de la prosa y de revelar, cerca del final del cuento, las intenciones del autor en un momento de epifanía. No debería de extrañar a nadie, por eso, que la reunión de un círculo de lectura se parezca demasiado al final de una novela de Arthur Conan Doyle ni que Miss Marple, la más aventajada discípula de la novela tradicional de detectives, tenga todos los rasgos del lector clásico de estos círculos. Qué mejor grupo de lectores de Chejov podría exisitir que esta tercia de detectives.

Si miramos hacia el pasado, a los antecedentes de la novela del crimen, desde la novela gótica hasta el Antiguo Testamento, no debe extrañarnos que fuera hasta el siglo XIX que cuajara la imagen del detective literario. Con sus obvias excepciones, el lector anterior a este tiempo era demasiado inocente, podía ser un aventurero o un cazador de vampiros, más ocupado en disfrutar la trama que en notar las trampas que le tiende el autor, o estar acomodado en la placidez que le otorga la mirada omnisciente, para la que ningún crimen puede durar demasiado tiempo oculto, aunque los motivos no queden del todo claros. Son detectives el Fausto de Marlowe (¿de qué nos suena ese apellido?), el príncipe Mishkin y Sancho Panza. Son detectives Hamlet, Victor Frankenstein y el capitán Ahab, que buscan al culpable sin reparar en las consecuencias.

Con el siglo XX y la Primera Guerra Mundial llega un nuevo detective, el *hard-boiled*, el *noir*, que deja las grandes casas de los nobles y los ricos para adentrarse en los bajos fondos. En las novelas de Dashiell Hammett las tramas ya no ofrecen una resolución clara o llegan a una conclusión errónea, pero sí dejan un gran rastro de sangre y cadáveres que ya quisiera Quentin Tarantino. Sam Spade es el el perfecto lector del *Ulises* o de Virginia Woolf. Desconfía de las intenciones del autor, sabe que el camino está lleno de falsas pistas y aunque su sentido de la verdad y de la justicia lo impulsa a terminar, no espera que la conclusión sea satisfactoria, sólo necesaria. Raymond Chandler, quizá sea ocioso recordar, era un gran lector de Shakespeare y por eso Philip Marlowe tiene esa ambigüedad característica del más famoso príncipe de Dinamarca.

Así como todos los tipos de narrativa conviven en el siglo XXI, desde el costumbrismo más ramplón hasta el más refinado experimentalismo, los detectives van desde los modelos clásicos a los modelos duros. Imagino a Kurt Wallander sufriendo un ataque de risa con la lectura de *La broma infinita* de David Foster Wallace, de la misma forma que no imagino mejor crítico de Jorge Ibargüengoitia que Héctor Belascoarán Shayne. No sé si esto sea demasiado obvio, pero creo que vale la pena recordarlo. La novela negra no es la nueva novela costumbrista. El detective no es un personaje realista, sino una personalización del deseo de comprensión de una época. No es un retrato de un tiempo, sino de sus lectores. Y eso transforma al policiaco en género literario por excelencia.

LECCIONES DESDE LA TUMBA: OPINIONES SOBRE EL DECÁLOGO DE RAYMOND CHANDLER

DANIEL HERRERA

Raymond Chandler no fue el único que decidió escribir literatura policiaca por dinero, pero sí se convirtió en uno de los referentes más importantes del género. Tanto, que en 1949 escribió una serie de apuntes para que el resto del planeta entendiera a qué se refería cuando él hablaba de literatura negra: "Apuntes sobre la narrativa policiaca", publicado en el libro de apuntes, cartas y textos inconclusos Raymond Chandler Speaking.

Como ya es más que conocido, la literatura policiaca nace con un par de cuentos de Edgar Allan Poe y se va a desarrollando paralelamente al siglo XX.

Para organizarla casi siempre se distinguen dos escuelas: las formas inglesas, en donde los detectives son por completo analíticos, racionales y templados. Resuelven los misterios tranquilamente y casi sin agitarse.

Y la escuela estadounidense, que se caracteriza por ser mucho más violenta y suele utilizar un contexto miserable para desarrollar a sus personajes. Mucho se critica porque su lenguaje es menos elaborado, pero, en compensación, las acciones son trepidantes o psicológicamente amenazantes. Se distingue dos vertientes dentro de la escuela gringa: el hardboiled, estilo reciente, muy violento y en donde el detective resuelve el caso, pero su vida completa es un revoltijo de whiskey barato, mujeres peligrosas y malas decisiones. La otra vertiente es el llamado *noir*, también muy violento, en donde el protagonista no sólo puede dañar a otros, sino también ser por completo autodestructivo. La gran diferencia con el *hardboiled*, es que el personaje principal no es un detective sino una persona ordinaria en situaciones extraordinarias.

Como toda la literatura, el género está en constante transformación y las reglas formales de principios del siglo pasado no funcionan en la actualidad. También el lector ha perdido ingenuidad y puede descubrir al asesino antes de terminar el libro. En algo ha contribuido el cine y la televisión, quienes calcaron desde el principio las formas literarias y con eso terminaron exigiéndole a los autores que evolucionen de alguna manera.

Pienso que, incluso entendiendo este progreso, el decálogo de Raymond Chandler continúa vigente hasta cierto punto. Lo que sigue es una rápida comparación de cómo funciona estas reglas en el hardboiled o el noir.

1. Verosimilitud.

Chandler explica que toda historia policiaca debe tener esta característica: "Debe consistir en acciones verosímiles de gente verosímil en circunstancias verosímiles, sin dejar de tener presente que la verosimilitud es en gran medida una cuestión de estilo". Aunque es una carta fuerte de la literatura negra, la verosimilitud poco a poco ha perdido la importancia que tenía antes. Sobre todo en el hardboiled y el noir. ¿Acaso son verosímiles algunas escenas de las novelas de Chester Himes? ¿O la última parte hiperviolenta de Chau, papá de Juan Damonte?

De todas maneras, mantener cierto realismo es fundamental para este género. Mientras más pegado a la tierra y a las acciones humanas, incluso en situaciones extraordinarias, mejor para cualquier lector.

2. Toda historia negra necesita ser sólida en cuanto a métodos de asesinato y también de detección del asesino. Dice Chandler que el asesino no debe utilizar ningún recurso mágico y el detective debe comportarse como lo que es, un profesional de la deducción.

La primera parte de esta regla se sigue cumpliendo porque si leemos que un asesino utilizó una serpiente que subió por una cuerda y entró a la recámara de la víctima y la mordió entonces es probable que dejemos el libro de inmediato. Quizá el sigilo ha

desaparecido y los asesinos son más ruidosos y efectivos. Lo que sí pienso que ha cambiado con el tiempo, sobre todo en el noir, es el profesionalismo del quien resuelve el entuerto. Nunca como ahora los personajes principales puede ser de verdad ineptos para encontrar a los asesinos o de plano, muy poco profesionales, recurriendo más a la tortura o la corrupción para encontrar las pistas.

3. Realismo.
Distinto a la verosimilitud, el realismo aquí se refiere a que la historia y los personajes deben basarse en el mundo real. La verosimilitud exige que las reglas dentro de la misma historia se cumplan, el realismo pide que el relato pueda escapar al mundo real sin complicaciones. Es claro que estamos en el mundo de la ficción, pero esta debe ser mínima.

En la novela negra actual, el realismo no sólo se ha mantenido, sino incluso creo que es una de las características que más sobresalen, especialmente cuando los autores se regodean en la violencia.

En cuanto a los personajes realistas, creo que novelas como El asesino dentro de mí, de Jim Thompson recurren a casi un hiperrealismo para explicar al lector cómo funciona la mente de alguien que decide matar.

4. La historia debe ser sólida. Dice el autor: "Las novelas policiacas deben poseer color, vuelo y una cantidad aceptable de vigor".

Pues nada, algo que se espera de cualquier historia, no importa si es hardboiled o noir o lo que sea. Pasemos a lo que sigue.

5. La estructura debe ser tan sencilla que se pueda explicar con facilidad. Los mejores finales son los que se hacen visibles con una acción.

Una de las características más extrañas de este decálogo. Las explicaciones finales deben ser interesantes, eso es suficiente para limitar qué tan largas o cortas pueden ser dependiendo de la historia. El noir y el hardboiled se alimentan de esto. Generalmente suelen dar explicaciones cortas, aunque pienso que Chester Himes suele extenderse más que otros autores. Una explicación demasiado larga es un insulto al lector y demasiado corta lo deja insatisfecho. ¿Cómo se logra una buena explicación del crimen? No hay recetas.



Ilustración: Nadya Gutiérrez.

6. La historia policiaca debe engañar al lector, pero no demasiado. Un lector inteligente tal vez descubra el final antes de llegar a él, pero algo se le debe escapar. La idea es que sea el autor quien termine de desatar los nudos. Dice Chandler que esto es de lo más desconcertante: "Haber horadado un poco la niebla contribuye a la autoestima del lector. Lo esencial es que quede un poco de niebla al final para que la disperse el autor".

Esto, que siempre es deseable, no necesariamente se cumple en el hardboiled o el noir. Incluso me atrevería a afirmar que muchos ya ni siquiera se ocupan de algo así. Pienso en, por ejemplo, la mayoría de los cuentos incluidos en Vivir y morir en USA y en ellos no aparece ningún misterio por resolver. Vamos, algunos son una serie de momentos depresivos y violentos tras otro.

7. La solución debe aparecer como inevitable. Chandler pone aquí el listón muy arriba. Él mismo lo sabe cuándo dice: "...la mitad de las historias policiacas publicadas quebrantan esta ley". Es complicado contradecirlo. Es más fácil que un autor se complique buscando un final sorpresivo para dejar al lector boquiabierto que un final inevitable, porque el realismo también debería impregnar los cierres.

8. La novela negra es novela negra. Nada de cruzar géneros. Mucho menos incluir una historia romántica o algo de terror. Este punto del decálogo ha quedado sepultado por múltiples novelas que se nutren de todo tipo de géneros distintos. Ni siquiera creo que deba argumentar más.

9. El criminal debe recibir un castigo. Puede ser a través de una corte o no. Chandler deja bien claro que no es por una razón moral, sino porque así lo apunta: "la lógica de la forma".

Esta característica sigue en pie. No he leído obra de literatura negra en donde el criminal no reciba algún tipo de castigo. De hecho, el autor tiene razón, eso estamos esperando al acercarnos al final.

10. La historia debe ser honesta. Es uno de los puntos más complejos, mejor que Chandler lo explique: "No es suficiente exponer los hechos. Deben ser expuestos con imparcialidad, y deben pertenecer a ese tipo de hechos a partir de los cuales puede funcionar la deducción. No se deben ocultar al lector las claves más importantes, ni ninguna otra; pero, además, no se las debe distorsionar por medio de falsos énfasis."

Esta característica es muy extraña, porque le pide al autor, alguien que miente por el puro hecho de escribir, que sea honesto con su lector. No debe ocultarle nada, pero, al mismo tiempo, debe engañarlo. La pieza fundamental de toda historia tiene que estar ahí, a la vista y al mismo tiempo disimulada. Sin duda algo complicado de lograr. He leído obras de noir que ya no desean seguir esta regla. La historia está ahí a la mano, pero no se debe resolver nada o la resolución del misterio es lo de menos. Supongo que la literatura negra se ha transformado porque esta regla fue seguida por muchos autores y es complicado encontrar ahora una manera honesta de ser honesto. No me atrevería a afirmar nada por completo. Creo que siempre hay alguna manera de lograrlo y sí, la buena literatura no es sencilla, por más que muchos bestsellers promuevan lo contrario. Raymond Chandler lo sabía.

LA ORFANDAD DE LOS LECTORES DE JUAN HERNÁNDEZ LUNA

IMANOL CANEYADA

No eran más de quince personas reunidas en una pequeña sala de la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería 2016. El motivo: el homenaje a Juan Hernández Luna en el marco de las II Jornadas de Novela Negra. Entre los asistentes, algunos de los organizadores de las jornadas, una hermana y un sobrino del autor, un puñado de fanáticos de su obra y un comandante de la policía, aunque no estoy seguro de esto último. En la mesa, el doctor en letras Joserra Ortiz, amigo de Juan y profundo conocedor de su obra, y yo mero, que no soy doctor en nada y que no tuve la fortuna de conocerlo; un día me cayó fortuitamente en la manos (las novelas de Hernández Luna siempre caen fortuitamente en las manos del lector) *Tabaco para el puma* y me voló la cabeza. ¡Pum! ¿Quién es este tipo? ¿De dónde ha salido? ¿Existe o es un espejismo? Durante algunos años seguí leyendo su obra según me la encontraba en los lugares más inverosímiles: *Quizá otros labios*, *Yodo*, *Cadáver de ciudad*, *Tijuana dream*. Y confirmaba que Hernández Luna era un autor excepcional, aunténtico *rara avis* de las letras mexicanas.



Ilustración: Nadya Gutiérrez.

Luego conocí a algunos de sus amigos cercanos (Bef, Haghenbeck, el propio Joserra) y descubrí que, en efecto, no existía. No al menos en la jerigonza autocomplaciente de los palacios rococó ni en la lista de los menos y los más, ni en los macabros homenajes ni en los hospitalarios homenajes ni en las enciclopedias ni en los besamanos.

El flaco chilango con aspecto de inspector de policía fracasado y rictus algo cínico, cansado pero tierno, casi como un cliché de un personaje de Chandler, moría en 2010 con 47 años, y con él, enterraban los sepultureros algunos reconocimientos nacionales a su obra cuentística, dos premios Dashell Hammett de novela negra en ese Gijón que Taibo inventó para el mundo, pero sobre todo, una decena de novelas paradigmáticas, fundamentales para el género negro y para la literatura mexicana en general.

En estos seis años transcurridos después de su fallecimiento, el silencio que pesa sobre su obra ha sido interrumpido de forma esporádica por los amigos que dejó y por los admiradores de su trabajo, siempre como un gesto tímido, avergonzante; homenajes a los que acude un puñado de lectores incondicionales de Juan, los cuales se miran entre ellos con recelo: ¿de veras lo conocen? ¿De veras lo han leído?

Hace poco, en una charla sobre novela negra en la que participamos Eduardo Antonio Parra, Vicente Alfonso y yo mero, lo nombramos con admiración y cariño, por supuesto. Al terminar el evento, se acercó un joven retraído y me comentó incrédulo que era la primera vez que escuchaba que alguien hiciera referencia el extraordinario legado de Hernández Luna. Se trataba de un lector irredento. Me provocó una infinita ternura: todos los lectores de Juan tenemos esa sensación de orfandad, cierto, pero también de haber descubierto un tesoro que nadie más conoce, un sentimiento de soledad y regocijo egoístas.

En un país donde los canales oficiales rinden solemnes homenajes a ciertos escritores muertos, en donde las editoriales reeditan la obra de esos escritores en aniversarios natalicios y luctuosos para la venta del morbo (lo cual me parece estupendo), Juan Hernández Luna está disperso en un limbo en el que muchos otros autores mexicanos descansan: el de las librerías de viejo. La editorial que publicó sus últimos libros (Ediciones B) no los considera suficientemente comerciales como para reeditarlos, y los chamanes de la alta literatura no ven en su obra las suficientes cualidades como para catalogarla de literaria, sea lo que esto signifique.

Hace apenas quince años, algunos santones de nuestras letras decían pública y abiertamente que lo que hacían Taibo II o Élmer Mendoza (dos tipos duros y muy valientes, imprescindibles) no era literatura. A Juan Hernández Luna ni siquiera lo nombraban para despreciarlo.

Ahora las cosas han cambiado. Gracias a los lectores, sí, a ellos, los autores de género (sobre todo del Noir, hay que decirlo) se han abierto paso a codazos, a pesar de los programas nacionales de lectura y la rigidez del *establishment*, como dice Chimal. Ahora es cuando la obra de Juan Hernández Luna tendría una oportunidad real de trascender ese círculo de lectores sectarios, de sacudirse la etiqueta de marginal; es tiempo de decirle a más gente, a mucha gente: lean a este sujeto si quieren tener una experiencia perturbadora, inquietante, brutal, cautivadora.

Fue precisamente PIT II quien dijo de Juan que era el más duro y el mejor. No es poca cosa viniendo del patriarca del neopolicaco latinoamericano.

Quien lee a Hernández Luna tiene la sensación de que un organismo vivo, amorfo y escurridizo palpita entre sus manos. Las oraciones saltan de la página como cuchillos circenses y se nos clavan a centímetros del oído, de la conciencia, del corazón. Poesía al servicio de una estética patológicamente bella, el lenguaje en Hernández Luna es una parafilia, la puerta para asomarnos al infierno de los otros y al propio sin redención posible. No se trata de una experiencia complaciente ni dosificada ni arquetípica. Juan Hernández Luna requiere de un lector capaz de vomitar, limpiarse la comisura de los labios con la manga y seguir leyendo con la única certidumbre de que los monstruos existen a la vuelta de la esquina, espejos lúdicos de una realidad brutalmente mágica.

La literatura de Juan Hernández Luna (sobre todo en *Tabaco para el puma*, *Yodo* y *Cadáver de ciudad*, pienso) es sutil, provocativa, atroz, de atmósferas inquietantes y personajes que nos acompañan por mucho tiempo; un hito en el Noir mexicano, así como en su momento lo fue *El complot mongol*, de Rafael Bernal, o la serie dedicada a Héctor Belascoarán Shayne, de Taibo II.

Como en el caso de la mayoría de los malabaristas de los horrores de nuestro tiempo, la biografía de Juan Hernández Luna contradice los excesos de su obra. Amable pero retraido, enemigo de protagonismos y escenarios, eterno enamorado, militante de la izquierda, tuvo ese punto quijotesco al abrazar la utópica idea de que la lectura puede hacer mejores a los hombres. Así, entre 2005 y 2009, coordinó el programa de fomento a la lectura con el sugestivo nombre de *Literatura siempre alerta*, dirigido a los policías de Ciudad Nezahualcoyotl, entre quienes repartió unos veintidos mil textos de autores que él consideraba imprescindibles.

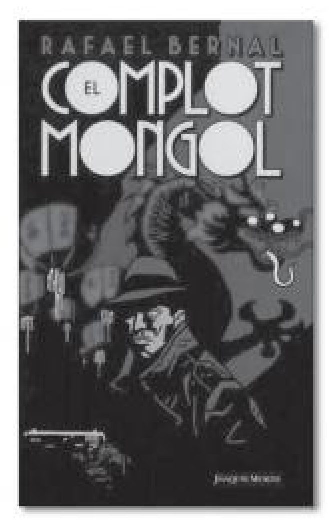
Al morir en 2010 por un fallo cardiorrespiratorio, no fueron muchas las voces dolientes que ante su atúd proclamaran la gran pérdida que sufrían las letras mexicanas.

Durante estos seis años, sus lectores, como lobos solitarios, ante la menor provocación, no hemos dudado en afirmar que la obra de Juan Hernández Luna merece una revisión exhaustiva y libre de los prejuicios que durante tanto tiempo hemos arrastrado en el mundillo de las letras.

Ni tímidos ni huérfanos, pues.

TRES CLÁSICOS DEL **NOIR MEXICANO**

IBR



RAFAEL BERNAL (CIUDAD DE MÉXICO, 1915-BERNA, SUIZA, 1972). Escritor, diplomático y viajero. Uno de los personajes más enigmáticos de la literatura mexicana. Algunos lo han considerado el maestro de la novela policiaca en nuestro país. Mal editado y distribuido hasta nuestros días, la obra de Bernal no se limita a su todavía vigente y vertiginosa novela *El complot mongol* (1969). Relatos como "La declaración" o la novela *Gente de mar*, nos sugiere que hay muchos caminos por descubrir en el universo de este extraño y entrañable autor.



PACO IGNACIO TAIBO II (GIJÓN, ESPAÑA, 1949). Escritor, activista y periodista que, aunque nacido en España "es más mexicano que los nopales". Su obra novelística retrata las bajas pasiones del poder en México. Gran parte de su narrativa la ha dedicado a lo histórico, pero es en la novela policiaca donde ha cultivado miles de lectores por todo el mundo. En su serie de novelas donde aparece el detective más famoso de la literatura mexicana: Héctor Belascoarán Shayne, es un pretexto para filtrar aspectos de un país profundamente violento y corrupto. Además de configurar un escenario, la Ciudad de México, de manera clara y sugestiva. Un lugar donde los chilangos se retuercen entre sus propios vicios.



LUIS SPOTA (CIUDAD DE MÉXICO, 1925-1985). Prolífico escritor que indagó en distintos estadios temáticos. Una de sus vertientes narrativas más poderosas la encontró en la novela policiaca. Nadie como Spota para desentrañar el poder en México, acaparado por los políticos afiliados al PRI hacia la segunda mitad del siglo pasado. La serie de novelas "La costumbre del poder", es un testimonio del maquillado régimen de la época. Directo, Spota utilizó el periodismo y datos duros de la realidad mexicana para construir sus tramas. Hoy en día su obra pareciera estar en el olvido.

RETORNO, CRIMEN Y MEMORIA: **GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ**

JOSÉ SALVADOR RUIZ

Cuando hablamos del género negro en México Gabriel Trujillo Muñoz es uno de los *usual suspects*, es autor de 10 novelas policiacas y varios cuentos "negros", compilados en su libro más reciente *Lucky strike* (Artificios, 2016). Nueve de esas novelas policiacas son protagonizadas por Miguel Ángel Morgado y una décima estaría por salir próximamente. Una vez que esto ocurra, Miguel Ángel Morgado desplazaría a Héctor Belascoarán Shayne, o lo empataría si incluímos *Muertos incómodos*, como el sabueso con más historias protagonizadas en la narrativa policiaca nacional. A pesar de esto el detective fronterizo es relativamente poco conocido por los lectores mexicanos. Sin duda, su decisión de escribir desde la ciudad fronteriza, su poca afición por viajar y su ausencia en las redes sociales tienen algo que ver en ello.



Ilustración: Gilda Mercado.

Trujillo se atrincheró en su ciudad natal con la intención de ponerla en el mapa literario de ahí que Mexicali sea, junto con Morgado, protagonista de su narrativa policiaca. Con excepción de *Tijuana city blues* y parte de *La memoria de los muertos* (Vandalay 2007) sus novelas se narran desde esta ciudad fronteriza y la convierten en elemento central de la historia. En esto vemos la huella de escritores californianos como Michael Connelly y James Ellrroy. Del primero, se aprecia ese recorrer la ciudad, sus rincones, sus guaridas, sus centros de poder y de crimen, mientras que del segundo se aprecia el interés por la historia, el recrear acontecimientos del pasado con el lente del presente. En la confluencia de estos dos temas, ciudad e historia, se concentran la mayoría de sus novelas policiacas. En sus primeras cinco novelas (*Mezquite road, Tijuana city blues, Loverboy, Puesta en escena* y *Laguna Salada*) Morgado aún radica en la Ciudad de México y sólo regresa a Mexicali invitado a investigar distintos casos: asesinato, búsqueda del padre, plagios y descuartizamientos de niños, desapariciones y defensa de migrantes. En cada una de ellas su regreso le genera dudas, conflictos internos y existenciales. Va reaprendiendo y recuperando su identidad norteña, fronteriza y a partir de su sexta novela, *La memoria de los muertos*, vemos a Morgado residir definitivamente en su ciudad. Contrario a lo que algún crítico defeño pensaría, los narcos *fashion* de botas piteadas y excéntricos *looks* no pululan en las páginas de sus novelas, aparecen como una de los tantos otros sospechosos, como una de las tantas faunas criminales de la frontera, pero a final de cuenta los criminales frecuentemente resultan ser gente o instituciones de poder de ambos lados de la frontera. Hablando de ésta, en la obra policiaca de Trujillo Muñoz la frontera es infinidad de posibilidades, es un escondite, una segunda oportunidad, una fuga latente de mutis cercano, una puerta giratoria y un muro. Desde ahí se mira con desconfianza equidistante hacia el norte y hacia el sur; la Ciudad de México y Washington D.C.

Morgado no es un detective convencional, no tiene un despacho privado ni maneja armas, tampoco es un luchador social ni un hijo de puta. Es un abogado defensor de los derechos humanos y como tal está siempre en conflicto con las instituciones de procuración de justicia, la Iglesia o cualquier otro poder fáctico. Esto no le impide colaborar con la policía como en *Música para difuntos* o *Círculo de fuego*, pero siempre desconfiando de ésta. Según su Trujillo Muñoz, Morgado "defiende la memoria colectiva e individual. Recordar quién hizo qué cosas y quién es responsable de tales actos". En su obra, memoria e historia son ramas del mismo árbol. De ahí que descubramos pasajes históricos de su ciudad y su región. Más aún, sus últimas tres novelas: *Círculo de fuego, Vecindad con el abismo* y *Música para difuntos*, se engloban bajo el nombre de "Exhumaciones" debido a esa excavación del pasado, del rescate de la microhistoria que encuentra su lugar en el rompecabezas de la historia universal.

Ahora que el género negro está tomando protagonismo habría que voltear hacia la frontera norte y leer sus novelas. En ellas encontrarán a un escritor que apuesta por la historia, la trama, la resolución del enigma y la acción; que no se solaza en un esteticismo autista sino que intenta tejer una red de pistas y enigmas, explosiones y persecuciones, incendios y personajes memorables en una mezcla del género policiaca y el thriller.

UN EX ALCOHÓLICO CON UN ARMA
LAWRENCE BLOCK

IVÁN FARÍAS

Lawrence Block siempre está sonriente. No tiene la cara adusta de James Ellroy ni sus camisetas floreadas, no sale fotografiado en un impecable traje sastre ni con gatos, como Raymond Chandler, o con ropa deportiva como Michael Connelly. Cuando uno lo ve piensa más en un anciano que ha vivido una vida plena, que en un escritor criminal. Eso sí, en Block nunca falla a su boina negra en la cabeza.

Él es como su más cercano amigo, ya fallecido Donald E. Westlake, una máquina imparable de escritura. Fue nombrado en 1994 "Grand Master by the Mystery Writers of America", un honor concedido solo a grandes personalidades como James M. Cain, Graham Greene, Mickey Spillane o Alfred Hitchcock.

Block se ha dedicado a explotar los clichés más famosos del género, ladrones, espías, detectives privados, sicarios, además de jugar con la comedia y el erotismo. Ah, y también hace manuales de escritura.

Uno de sus personajes principales es el ladrón culto Bernie Rhodenbarr, quien es dueño de una librería y hace de su "labor" todo un arte. El tipo al no ser fuerte como Parker, el personaje de su entrañable amigo Westlake, corre en las mañanas y hace pesas, pero lo que compensa todo es su increíble inteligencia. Rhodenbarr es así, su aportación a un género muy famoso en Estados Unidos pero poco tratado en otros países, el "caper" o "historias de atracos". En el "caper", lo importante es el planeamiento de un robo, que siempre sale mal. Como sucede en casi todos los libros protagonizados por Bernie. Cuando se mete a un sito casi siempre se complica todo y Bernie acaba haciendo de investigador privado para salvarse del largo brazo de la ley.

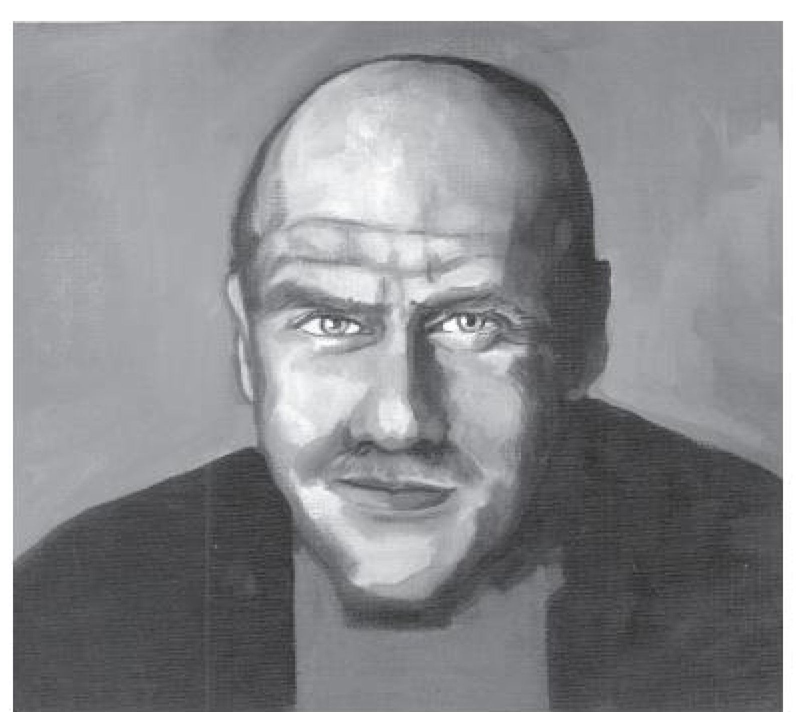


Ilustración: Nadya Gutiérrez.

Las novelas protagonizadas por él son rápidas, ingeniosas, divertidas. Sin embargo, las de la serie de Matthew Scudder es el lado oscuro de Block. El autor era alcohólico, una enfermedad que le trajo infinidad de problemas. Scudder también lo era y como él, encontró la redención en el grupo AA. De esta manera, Scudder y Block comparten vidas paralelas al vivir los dos en Nueva York, asistir a las reuniones de AA y observar como el mundo comenzó a cambiar a partir de la ola de crímenes que volvieron a la gran Manzana en la ciudad más violenta sobre la tierra hasta sucedidos los ataques terroristas del 11 de septiembre. Tal vez por esos elementos es que Scudder se volvió uno de sus personajes más entrañables para él y para el público.

La serie de Matthew Scudder, con sus hasta ahora 18 libros, el último una recopilación de cuentos y novelletes, es sin duda la obra mayor de Block. Heredero del detective creado en los años treinta por Hammett y Chandler, es como Spade y Marlowe, un nihilista e individualista que busca hacer justicia en un mundo injusto.

El personaje principal de la saga es la fría ciudad de New York. Scudder la recorre a pie, en autobús, en el metro y en taxis, va de a un lado a otro, metiendo las narices en bares, prostíbulos, casas de lujo y estaciones de policía. Persigue sicarios, lenones, asesinos circunstanciales y nos muestra día a día que además de pelear contra el crimen lo hace consigo mismo porque el alcohol lo consume.

Scudder además, se tortura por la muerte circunstancial de una niña puertorriqueña llamada Estrellita Rivera. Cuando era policía, mientras bebía como era su costumbre, salió a detener a unos ladrones y en la balacera, uno de sus tiros mató a la infante. Ese día decidió abandonar la fuerza policial. Sin embargo, no sería hasta mucho tiempo después que aceptaría que el alcohol era el verdadero enemigo. Así, que en las primeras novelas de la saga, Scudder paga un diezmo a las iglesias católicas, sin decírselo a nadie y sin ser de esa religión.

Es a partir de "Cuando el antro sagrado cierra" que Blcok da un giro en la narración y Scudder cambia. En dicho libro hila tres casos vividos en el pasado y el detective entra a rehabilitación. Deja atrás su vida pasada, ya no intenta seguir con su familia y se acepta como un marginal al tener una relación con Elaine, una *call girl* que está en vías de abandonar el negocio. Ambos se reconocen como seres marginales y por eso están juntos. A partir de aquí la culpa desaparece y un nuevo Scudder, más seguro y menos torturado nos ofrece un Nueva york con otra cara.

Block es un tipo muy afable que mantiene una sana relación con sus lectores, por lo que hace libros para adentrar al neófito en la escritura. Y Block, curiosamente, nunca está pasado de moda. Su último libro "Writing the novel from plot to print to pixel", es un recorrido paso a paso sobre cómo escribir para publicar en plataformas como Amazon.

Poco conocido en México por las casi nulas traducciones de sus novelas, Block es uno de esos grandes autores que nos estamos perdiendo.

LA CASA QUE SANGRA

YAEL MARTÍNEZ

A Beto, David, Nacho y Daniel.

Guerrero es uno de los estados de México que han sido más azotados por el crimen organizado; es el segundo estado más pobre y uno de los más violentos del país. Nuestro pueblo está luchando para protegerse contra la violencia, la corrupción y el crimen que parecen estar aquí por siempre. En las ciudades de Iguala-Taxco hemos encontrado muchas tumbas ocultas, miembros de familias que han desaparecido desde hace muchos años. Sólo queremos recuperar los cuerpos de nuestros familiares que están enterrados en algún lugar del estado.

El año pasado perdimos a tres miembros de la familia de mi mujer. Después de estos acontecimientos empecé a documentar a la familia y traté de plasmar las fracturas psicológicas y emocionales que genera una pérdida en el núcleo familiar (en las madres, hijos y hermanos). Para ello, trabajé con el concepto de dolor, vacío, ausencia y olvido. Busco encontrar claves sociales y culturales que me lleven a generar un testimonio personal sobre la problemática que se presenta en las familias tras la confrontación con una muerte no esperada. A través del testimonio y de este caso particular, quise hablar de la relación con el espacio íntimo, donde lo personal es social. Asimismo, intenté poner en evidencia la situación en la que viven muchas familias en esta región del país y la ruptura del tejido social en México.















CON EL PERRO A CINCO ASALTOS

HILARIO PEÑA

Primer Asalto: Hardboiled

Pienso en James Ellroy (1948) y pienso en un maestro en el arte de urdir tramas policiacas, pero, sobre todo, en el autor que llevó el *hard-boiled* hasta sus últimas consecuencias. Hablo de esa prosa construida a base de oraciones cortas. Casi telegráficas. De tres palabras. De dos. Algunas veces sin adverbio, otras sin artículo. Una prosa que alcanzó su cenit con su novela *White Jazz* (1992).

El policía corrupto Dave Klein es el héroe de *Jazz Blanco*. Klein pagó los estudios universitarios que lo llevaron a teniente arrojando personas por ventanas a nueve pisos de altura.

> Declaración a la fiscalía: Le vi leer, dormirse y despertar. Johnson proclamó que podía volar y saltó por la ventana sin darme tiempo a expresar mi incredulidad.
>
> *White Jazz*

Por su virtuoso uso de la fuerza bruta, Klein podría ser el hermano -aún más- perverso del oficial Bud White, héroe de la novela anterior, *LA Confidential* (1990). En lugar de trabajar de músculo para el capitán Duddley Smith, Klein lo hace para la mafia, y en lugar de enamorarse de una prostituta con pinta de Verónica Lake, lo hace de Glenda Bledsoe, protagonista, junto a Rock Rockwell, de la película *El Ataque de los Vampiros Comunistas*.

> -El virus vampiro ha atrofiado tu crecimiento moral -dice Rock, metido en personaje.
>
> -En tiempos de lucha histórica, las reglas de la burguesía no aplican -responde la vampira Glenda.
>
> *White Jazz*

Segundo Asalto: Realismo

Por más "histórico" que el Perro Infernal —como también se le conoce— se ha puesto en los últimos años, éste sigue siendo un autor de novela negra. Si lo que buscas es sensacionalismo al más puro estilo *noir*, estás en el lugar indicado. Si lo tuyo es el naturalismo de lo más realista, busca por otro lado. En la literatura de Ellroy no lo encontrarás.

De hecho, son sus personajes "históricos" los menos reales. Recuerdo un pasaje en *LA Confidential* donde Johnny Stompanato le dice al oficial Bud White: "A mí me la pone dura Lana Turner", lo cual suena tan natural como Richard Burton diciéndole a Montgomery Clift: "sabes, Monty, vengo de cogerme a tu gran amiga Elizabeth Taylor".

Y qué decir de los nombres que elige para sus personajes mexicanos: "Tomas Dos Santos", en *The Black Dahlia*, "Dinardo Sánchez", en *LA Confidential*, "Jesús Chasco" y "Reuben Ruiz", en *White Jazz*. El más creíble suena portugués.

Tercer Asalto: Mundo Ellroy

El Monte, California. Junio 22 de 1958. El cadáver de la enfermera Jean Hilliker, madre del escritor, es encontrado por unos jugadores de béisbol en un lote baldío. Ha sido violada y asesinada por un homicida desconocido. El pequeño Lee Earle -verdadero nombre del novelista- cuenta con apenas diez años. Su padre fallece siete veranos después. El escritor está solo. Sin hijos ni hermanos que le sirvan de apoyo, o al menos de referencia. Su visión de la vida familiar es en extremo particular, voyerista y llena de fantasías freudianas. Esto se refleja en su ficción. En *LA Confidential* Christine Bergeron es fotografiada teniendo sexo con su hijo. En *White Jazz* Lucille Kafesjian es violada por su hermano. En *The Big Nowhere* el checo Stefan Heisteke, de cinco años, se oculta de los nazis en el sótano de una procesadora de comida para perros, en Praga. La pareja que debía cuidarlo decide usarlo para llevar a cabo sus juegos sexuales. En esta misma obra un psicópata actúa en venganza por las violaciones que sufrió a manos de su padre.

Esto es Ellroylandia. Un mundo en el que Raymond Dieterling -versión bizarra de Walt Disney-, antes de construir su ambicioso parque de diversiones *Dream-a-Dreamland*, produjo películas pornográficas y asesinó a su propio hijo, con tal de encubrir a un asesino en serie. Un mundo donde la revista *Hush-Hush* influye más en las urnas que cualquier propuesta de campaña:

> A Bill McPherson le gustan piernudas y morenas. Como lo oyó, querido lector, el fiscal es un papi rico que farolea sus cueros de rana en garitos donde el jazz es cool, la mota apestosa, y el romance a blanco y negro *bebopea* con los lamentos del sax. Esto sucede al sur de Jefferson, *hepcat*. Es un mundo diferente allá abajo, así que rícese el pelo, póngase el traje de tiburón púrpura y camine por el lado oscuro de Los Ángeles, como lo hace el fiscal todos los jueves por la noche.
>
> La sufrida esposa del pícaro Bill cree que su marido pasa los jueves viendo mexicanos en el auditórium. Error. En sus queridos jueves nuestro díscolo Billy busca ternura, NO violencia.
>
> Hecho nómber uan: Bill es parroquiano del Casbah: el más vistoso reducto del jazz en LA. Número duques: vieron a McPherson escuchando a Charlie Parker (célebre adicto) en el Playroom. Su acompañante era Lynette Brown. Morena con dos arrestos por posesión, quien reveló a un corresponsal: «Bill está enterado. Dice "ya que pruebas lo negro, no tienes remedio". ¿Ta casado? ¿Fiscal de distrito?».

Claro que sí, primor. ¿Por cuánto tiempo? Hay muchos jueves de aquí a las elecciones. ¿Podrá el pícaro *Bebop* Billy contener sus oscuros deseos hasta entonces?

Extracto de la revista *Hush-Hush*

Debido a sus relatos plagados de incesto, zoofilia, mutilaciones, necrofilia y pederastia, se puede acusar al escritor de depravado, mas nunca de recurrir a la paja para rellenar sus enormes libros. En sus novelas policiacas -gracias al hecho de que existe un Dios Misericordioso- no se encontrarán ejercicios metaliterarios, o reflexiones sesudas acerca de la posmodernidad. La suya es una literatura de acción en la medida en que a sus héroes los conocemos por lo que hacen, no por lo que filosofan en sus ratos libres. Lee Earle nunca es textual, sino que se sirve de sus materiales para expresarse. Lo que hace un pintor con sus trazos, Ellroy lo hace con sus muy peculiares héroes: siempre corruptos, pero siempre también con un enraizado sentido del deber. Lo que los hace complejos.

Cuarto Asalto: Escritor Maldito

Fuera de los Estados Unidos, Lee Earle es más que nada conocido por sus declaraciones públicas: acerca de su madre asesinada; acerca de todas las mujeres inteligentes que abandonó y lo abandonaron; acerca de cómo es el genio literario más grandioso en la historia de la humanidad; acerca de las adicciones contra las que lucha. Dan ganas de restarle méritos por todo el mal que esta rutina cómica causó: *enfant terribles* por doquier, asegurando que ellos *también* están traumados, e incorporando los sketches humorísticos de Ellroy a su autoficción. Un ejercicio mucho más sencillo que el convertirse, como él, en especialistas de un género, como el policiaco, o de un estilo, como el *hardboiled*.

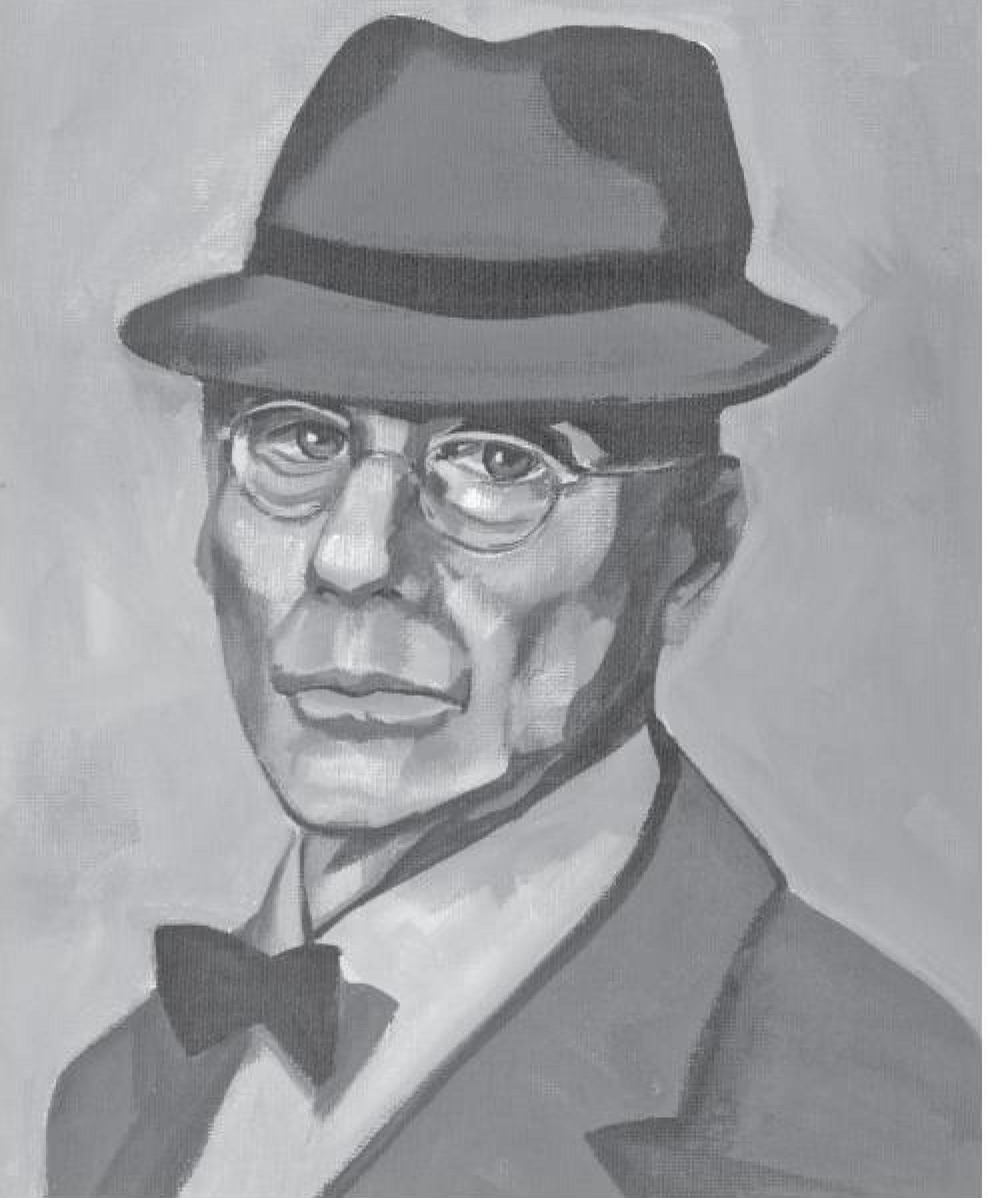


Ilustración: Nadya Gutiérrez.

Pero si el Perro Infernal es tan bueno en lo que hace eso es porque se explaya con muy pocos temas: el boxeo mexicano en el Olympic Auditorium y el asesinato de la Dalia Negra son unos de los pocos que gozan de su interés. Es comprensible que esa especialización suya, tan norteamericana, le haga chocar con los todólogos a los que se enfrenta durante la promoción de sus libros.

En un mundo donde prácticamente todos los autores se mueren por aclararnos que se consideran, "primero que nada: lectores voraces", ¿puede haber algo más raro que un novelista que presume no leer nada de lo que escriben sus colegas? El que esta declaración sea falsa o verdadera es lo que menos importa. Al menos es políticamente incorrecto, al menos suena diferente a las cursilerías "en pro de la lectura" que hemos escuchado hasta el cansancio.

Quinto Asalto: El Moralista

Otro tema digno de su interés y estudio es la historia del Departamento de Policía de Los Ángeles, específicamente durante la Segunda Guerra Mundial. Una corporación cruel[1], pero al mismo tiempo afectada por el glamour de Hollywood[2]. Prueba de que hasta la entidad más dura suele tener su lado blando. A Lee Earle parecen fascinarle estos claroscuros. El mejor ejemplo de esta dicotomía es la época donde ambienta la mayoría de su ficción: los años cuarenta y cincuenta. Una época en la que, a pesar de los pecados de cada quien, era prioridad exhibir una apariencia pulcra, formal y ecuánime en todo momento. Una época en la que la valentía, la honestidad, la decencia y la honorabilidad eran todavía valores absolutos, asequibles y representados por un departamento de policía que al mismo tiempo protegía prostíbulos como el de la madrota Brenda Allen[3].

Resulta lógico el que Ellroy deteste con tanto ahínco el periodo que vino después, y todo lo relacionado con él: su (contra) cultura, su (anti) moral y los líderes de toda esa rebeldía, quienes parecían declararle la guerra al pudor cristiano que había hecho del pecado algo tan oscuro y delicioso.

Los jipis eran maricas con mierda en la cabeza. Les gustaba la música degenerada y predicaban una metafísica engañosa.

My Dark Places (1996)

Lo que antes era privado y sumamente íntimo, ahora salía al exterior, sin ningún tipo de culpa de por medio. ¿Qué sentido tenía eso?

En las revistas aparecían chicas jipis a todo color, sin maquillaje y desnudas. No tenían aspecto de cansadas o degeneradas. Era como si posaran porque les divertía (...) engañadas en algún asqueroso plano metafísico.

My Dark Places

El *Demon Dog* es ante todo un moralista. Para él los pecados de los seres humanos deben permanecer en sus *rincones oscuros*. Esto es, los cuartos de motel barato, los garitos de apuestas clandestinas, los prostíbulos, los picaderos, las casas de seguridad, los *speakeasies*, los clubes de jazz, el *film noir*, las películas pornográficas y los *pulps*. El ADN de su propia literatura.

Con el tiempo el Perro Infernal ha logrado encarnar esas contradicciones que tanto parecen interesarle. Es un moralista que narra con lujo de detalles un amplio catálogo de depravaciones en sus relatos; escribe los libros policiacos más voluminosos en el mercado, con tramas barrocas por su complejidad, todo esto construido a partir de oraciones minimalistas; es un declarado reaccionario cuyas novelas funcionan como sinceros instrumentos de denuncia de todo aquello que funciona mal en el sistema que tanto defiende públicamente.

1 Un ejemplo de ello sería su papel racista y represor en contra de los pachucos, durante los *Zoot Suit Riots* de junio de 1943, y la golpiza y tortura a un grupo de mexico-americanos en la navidad de 1951.

2 Solo hay que recordar el programa de televisión *Dragnet*, grabado con todo el apoyo de la policía de Los Ángeles.

3 Este escándalo nacional le costó la carrera al jefe de la LAPD Clemence B. Horrall, a quien se le agradecía en los créditos finales de *Dragnet*.

EL CÁRTEL, DE DON WINSLOW



Ilustración: Gilda Mercado.

ALFONSO LÓPEZ CORRAL

EL CÁRTEL, la reciente novela de Don Winslow, continúa con la reseña de la guerra contra las drogas en su capítulo México, iniciada por EUA con la Operación Cóndor y que dio pie al famoso primer libro de Winslow titulado *El poder del perro*. En esa novela asistimos al inicio de lo que sería la formación de los cárteles mexicanos de la droga a través de sus episodios más conocidos, casi todos hechos sangrientos que se han preservado en la imaginación de miles de mexicanos. Así nos encontramos en *El poder del perro* en clave de ficción la traición y muerte de Pedro Avilés, la conformación del cártel de Guadalajara, con Caro Quintero y secuaces matando al agente de la DEA Enrique Camarena, la captura de El Padrino Miguel Ángel Félix Gallardo, lo que lo lleva a dividir y asignar las plazas de las drogas entre varios personajes que de inmediato comienzan a disputarse el poder: se retrata principalmente la historia del cártel de la familia Arellano Félix en su lucha contra el cártel de Sinaloa, con el Chapo Guzmán, el Güero Palma y demás narcos, así como el de Juárez de la mano de Amado Carillo, todos disputándose de forma sangrienta el control del transporte y venta de droga.

El plan de Winslow en esa novela es simple (pero no por ello menos ingenioso, lo que deslumbró a gran cantidad de escritores mexicanos que de inmediato la encumbraron como la gran novela sobre el narcotráfico en México escrita por un estadounidense): tomar a las cabezas más visibles o poderosas de dichos cárteles y narrar los episodios más conocidos, sus peleas, a través de la elaboración de dos personajes principales, el narcotraficante Adán Barrera (basado en Benjamín Arellano Félix) y el agente de la DEA Arturo "Art" Keller, un estadounidense de raíces mexicanas dispuesto a todo con tal de vengar la muerte de su compañero Ernie Hidalgo (personaje basado en Enrique Camarena). Winslow convierte en una lucha personal entre Adán Barrera y Art Keller, una lucha entre el bien y el mal no sin claroscuros, la historia del narco desde la década de los setenta hasta inicios del nuevo milenio, y que llega hasta la caída de las principales cabezas del cártel de Tijuana, con Ramón asesinado y Benjamín Arellano preso.

En *El cártel* Winslow se vale del mismo recurso y de los mismos personajes principales para narrar ahora la continuación de la sangrienta guerra contra las drogas. Sin embargo, si en *El poder del perro* Adán Barrera representaba a Benjamín Arellano, en *El cártel* representa ahora a Joaquín Guzmán Loera, más conocido como el Chapo. La novela comienza a partir de la primera fuga de Guzmán Loera del penal de Puente Grande y asistimos a su lucha por retomar el poder, cobrar venganza y su intento por adueñarse del control del narco en todo el país. La historia es de sobra dolorosa para nosotros, porque ha dejado miles de muertos, principalmente a partir de 2006 cuando el presidente Calderón lanzó la llamada guerra contra el narco. En cierto momento el lector puede llegar a sentirse timado: Winslow narró, si no todos, sí la mayoría de los hechos sangrientos que han puesto a México como uno de los países más peligrosos del mundo. Winslow no escatima. Cuenta la fuga de el Chapo tal como lo maneja la leyenda: como una estrategia del poder político para retomar el control del narcotráfico. Es así, si el lector hace un poco de memoria, que desfilan por las páginas de la novela, la famosa Federación de Cárteles, los hermanos Beltrán Leyva, el Mayo Zambada y Nacho Coronel como un solo personaje, el cártel del Golfo, los Zetas, la Familia Michoacana, la Barbie, los secretarios García Luna y Medina Mora.

Hechos sangrientos por mencionar algunos de los más conocidos o dolorosos: el asesinato de Marisela Escobedo, la masacre de los 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas, la extinción de pobladores en el valle de Juárez, el avionazo en el DF donde murió el secretario de Gobernación Juan Camilo Mouriño, la cacería y muerte de Arturo Beltrán en Cuernavaca, las cabezas humanas arrojadas en una discoteca de Acapulco, las granadas lanzadas un 16 de septiembre en Michoacán, las torturas y asesinatos transmitidos en El blog del narco. Y al principio uno se siente timado. Ya lo sabemos todo eso, lo acabamos de vivir los últimos años. Aún no termina la tragedia. Y ha sido peor de lo que se cuenta porque si en la novela se narran los hechos más conocidos, ésta no alcanza a registrar las miles de muertes anónimas que han enlutado a las familias mexicanas. Y claro, ese no es el objetivo de la novela. ¿Pero entonces cuál es? ¿Acaso la divulgación de la tragedia? ¿Cuál es el mérito de *El cártel*? ¿La sinopsis? ¿El recuento? ¿La paráfrasis? ¿Su divulgación en EUA?

Sin embargo, conforme avanzan las páginas uno comienza a deprimirse. Son tantas las tragedias acumuladas y no ha pasado tanto desde que ocurrieron que rememorarlas prácticamente enlistadas le recuerda a uno que el luto sigue, que la violencia ni por asomo parece que va a terminar y que más bien le está juntando material a Winslow para una tercera novela.

El cártel no es una buena novela, como tampoco lo es *El poder del perro*. No hay proeza ni literatura más allá de personajes sobados por el thriller norteamericano: el delincuente o asesino con ligeros matices que pretenden humanizarlo, contra el policía o agente incorruptible, que no dudará en abandonar todo lo que ama o cree que es por atrapar al villano. Quizás su valor sea como documento para no olvidar que toda la tragedia ha sucedido en México y que Estados Unidos tiene mucha de la culpa (Winslow lo dice en sus páginas y reconoce que gran parte del caos obedece a los intereses de Washington), quizás su valor sea como un recuento de la nota roja para darlo a conocer a los lectores en inglés.

Desliza en este volumen, no obstante, capítulos dedicados a la labor de los periodistas en México, al gran riesgo que significa cubrir los hechos violentos para los medios de información. Mediante la creación de tres personajes periodistas de Ciudad Juárez, Winslow narra el fenómeno del blog del narco, y la petición de línea de los periódicos a los narcos para que no sigan matando a sus periodistas; pero lo más importante, consigue que, de todos los personajes creados para desfilar por la novela, sea éstos con los que nos identifiquemos, los que presencian la masacre diaria y saben que no tiene explicación pero que tampoco parece que no tiene fin y que aun así ellos deben registrarla para darla a conocer al mundo y decir lo que está sucediendo en el país, que pueden elegir callar, o dejarse sobornar, pero que deciden no hacerlo, aun con las terribles consecuencias que ello les acarrea.

Don Winslow, *El cártel*, RBA, 704 pag.

DETECTIVE

"La cerveza Guinness tiene muchas puertas oscuras
y algunas luces dispersas
en un lento reino de barcazas y vagones."
—B. Cattafi

CÉSAR SILVA MÁRQUEZ

Cierto lunes, el detective Héctor Ramírez recibió la visita de Fidel Ortega. Un hombre calvo de cuarenta y dos años tan alto y obeso que cojeaba al caminar; respiraba con dificultad al poner un pie frente al otro. Enorme.

Ya sentado y después de las presentaciones generales, Fidel Ortega, de brazos cruzados, le preguntó al detective:

¿Casi no tiene competencia?

Casi, pero con la que hay es suficiente, respondió el detective y se pasó la mano por la barba cana de tres días.

El enorme Ortega suspiró con una resignación tan grande como él mismo y dijo sin más:

Necesito saber qué hace mi esposa cuando no estoy en casa.

El detective puso los brazos sobre el escritorio.

Lo que usted necesita, señor Ortega, es hablar con su mujer, le contestó como si fuera un médico dando su diagnóstico final, luego señaló hacia la ventana. Observe ese hombre que está pasando ahora por la calle de enfrente, el gigante giró su cuerpo con dificultad, todos los días a esta hora va al Oxxo de la esquina y se compra dos caguamas Sol. Lo he visto hacerlo desde hace tres años. Con tan solo eso puedo deducir algunas cosas de él. Fidel Ortega observó al hombre de paso lento cruzar la ventana sosteniendo dos envases de cerveza, al desaparecer regresó la vista, inexpresiva, al detective.

Fidel Ortega no entendió lo que le decía.

El detective suspiró.

Si en verdad quiere hacerlo, saber qué hace su mujer en su ausencia, necesitaré instalar cámaras en su casa. Una pregunta, sin ofenderlo, por supuesto, ¿usted qué piensa que haga su mujer?

No lo sé.

Lo sabe, y con mi ayuda lo confirmará, dijo el detective, y comenzó a escribir en un bloque de hojas blancas como si estuviera redactando una receta médica. El domingo usted y su familia saldrán por la mañana y tomarán un descanso, vayan al club, naden un poco, tomen el sol. Necesitaré dos horas para colocar las cámaras en su sitio.

El domingo llegó.

El detective fue a casa de la familia Ortega. La revisó. Estudió las fotografías de la pareja; él, un coloso, y ella, una mujer bajita, alrededor de los cuarenta años, delgada, pelirroja. Las casas vacías usualmente incomodaban al detective, pero aquella era un lugar amplio y agradable. La ventana de la recámara principal daba al campo de golf del club Campestre. La laguna reverberaba y sus aguas se mantenían estables, quietas. Abrió el refrigerador. Había pollo asado, carne al horno, un recipiente con puré de papa. Coca-cola de dieta, cerveza Guinness (tres latas). Jugo de arándano y uva. Rebanadas de pizza de pepperoni. Rebanadas de pastel, dos docenas de huevos y tres galones de leche. Entró en el baño de la recámara principal. Ahí vio su cansado reflejo de cuerpo entero; necesitaba un corte de cabello con urgencia. Recorrió las recámaras. Dos hijos y una hija. El salón de pool. El cuarto de ejercicio, La alberca. Verificó los espacios, las esquinas, las rejillas de los ductos del aire acondicionado y se dedicó a instalar las cámaras y a pensar en la cerveza que había visto en aquel refrigerador tan ostentoso como su dueño.

La cerveza Guinness tiene muchas puertas y algunas luces dispersas, dijo en voz alta recordando un poema y el resto lo recitó en su cabeza.

Hora y media después, desde su despacho, le envió un mensaje por celular a Fidel Ortega: Listo.

Vio al hombre de las caguamas pasar frente a la ventana y, cinco minutos después, regresar con los envases llenos y fríos.

Encendió la computadora, verificó el funcionamiento de las cámaras recién instaladas. Presionó los comando necesarios para comenzar a grabar y salió del despachó y se fue a casa.

Esa noche no salió a comer, preparó pollo Tikka, una receta que había conseguido tiempo atrás. Cortó la pechuga de pollo en cubos y lo marinó en yogurt, ajo, chile, semilla de cilantro, limón y sal; mientras se marinaba la carne, bebió un par de cervezas, siempre pensando en las tres latas de Guinness en el refrigerador de Fidel Ortega. Leyó el capítulo final de una novela de detectives, limpió su revólver y lo regresó a su lugar en el armario, justo al lado de sus camisetas que usaba para dormir. Cocinó el pollo sobre una sartén muy caliente y adornó su plato con algo de cilantro fresco y comió. No le supo a nada. Era igual a comer cartón. Desde la muerte de su esposa, dos años atrás, la comida había perdido su sabor, se sentía como un daltónico frente a un cuadro de Dalí, en el mejor de los casos. Desilusionado, lavó los trastes y se bebió otro par de cervezas y se lamentó no tener una Guinness a su lado. El sabor de la cerveza, afortunadamente, era lo único que despertaba su paladar.

Fidel Ortega lo visitó una semana después.

El hombre se notaba curioso.

Estas son algunas de las cintas que grabé para usted. Su esposa desayuna yogurt con granola y jugo de naranja fresco, se ejercita por dos horas en el gimnasio y al final nada un poco. La mayoría de las veces lee *Cosmopolitan* aunque también le gustan *TV notas* y *Vanidades*. Platica con las mujeres de la limpieza. Así es todos los días.

¿No hay más?, preguntó su cliente.

Nada, contestó el detective, y dejó caer su peso en el respaldo del sillón.

Necesito un reporte semanal, le dijo Fidel Ortega, vendré cada viernes y lo podremos discutir. No necesito ninguna copia de eso, dijo y su brazo enorme señaló las cintas, así que le pido guarde usted el material.

Okey, contestó el detective.

Me dijeron que era el mejor y estoy convencido, dijo Fiel Ortega y sacó su cartera con lentitud, pagó, se levantó y se despidió. Cuarenta y cinco minutos después llegó a casa. El detective, desde su computadora, a través de las cámaras, lo vio inclinarse para darle un beso a su mujer, abrir el refrigerador, sacar una cerveza Guinness, y verterla en un vaso de boca ancha. Lo vio recorrer con cansancio la sala de pool y hacer dos llamadas cortas por celular.

A la semana siguiente Fidel Ortega volvió a cruzar el umbral del despacho del detective, quien le extendió un nuevo reporte.

¿Lo mismo?

Lo mismo.

Leyó en silencio y pagó por adelantado tres meses más de trabajo.

A la cuarta semana, Fidel Ortega dejó de visitar la oficina, pero el detective lo veía por la pantalla de la computadora a diario, y también prestó interés en cómo la cerveza Guinness desaparecía del refrigerador y cómo, al llegar el viernes, una nueva ración (cuatro latas) llenaba el espacio de las anteriores. Cada sábado preparaba el reporte de las actividades de la mujer que incluía, entre otras cosas, la cantidad de besos diarios que les daba a sus hijos (cinco a cada uno de sus hijos y cuatro a su hija), el tiempo que se tomaba al terminar de bañarse y vestirse en la soledad del cuarto (veinte minutos). Siempre en silencio. Una vez, para su sorpresa, vio cómo, después de la ducha, un jueves a las tres de la tarde, la mujer comenzó a acariciarse el cuerpo; el detective, con un poco de vergüenza, desvió la mirada. Después de pensárselo, no escribió nada de eso en su reporte. Dudó un momento en hacerlo, y al final actuó como si no hubiera pasado. Esa noche soñó con su difunta esposa. Como si el accidente donde había perdido la vida no hubiera sucedido, o como si faltara tiempo para que ocurriera. En el sueño, había preparado un par de *rib-eyes* a la parrilla tan grandes que se desbordaban del plato. Al finalizar la cena salieron a caminar a un parque muy cerca de casa. Bajaron por la calle Olmos, y en Plan de Guadalupe enfilaron hacia el oeste. En silencio contemplaron cómo la noche iba poblando las cosas hasta cubrirlas. De pronto su mujer le dijo ¿quieres una cerveza Guinness?, y el detective, sin mirarla, supo que su mujer ya no estaba a su lado sino la mujer de Fidel Ortega.

Entonces despertó.

Al finalizar los tres meses, el detective pensó que su trabajo había concluido, pero en su cuenta de banco se reflejó un nuevo y grande depósito del señor Ortega: Siga trabajando, decía la nota adjunta.

Desde entonces el reporte ha crecido. El detective continúa observando las acciones de la señora Ortega con detenimiento cada viernes, y cuenta las rosas en el jarrón del centro (doce) y las que hay en cada recámara (seis) y las latas de cerveza Guinness que aparecen y desaparecen a lo largo de las semanas. La mujer tiene cien pares de zapatos. Treinta vestidos negros. Treinta jeans. Ochenta blusas y cuarenta camisetas.

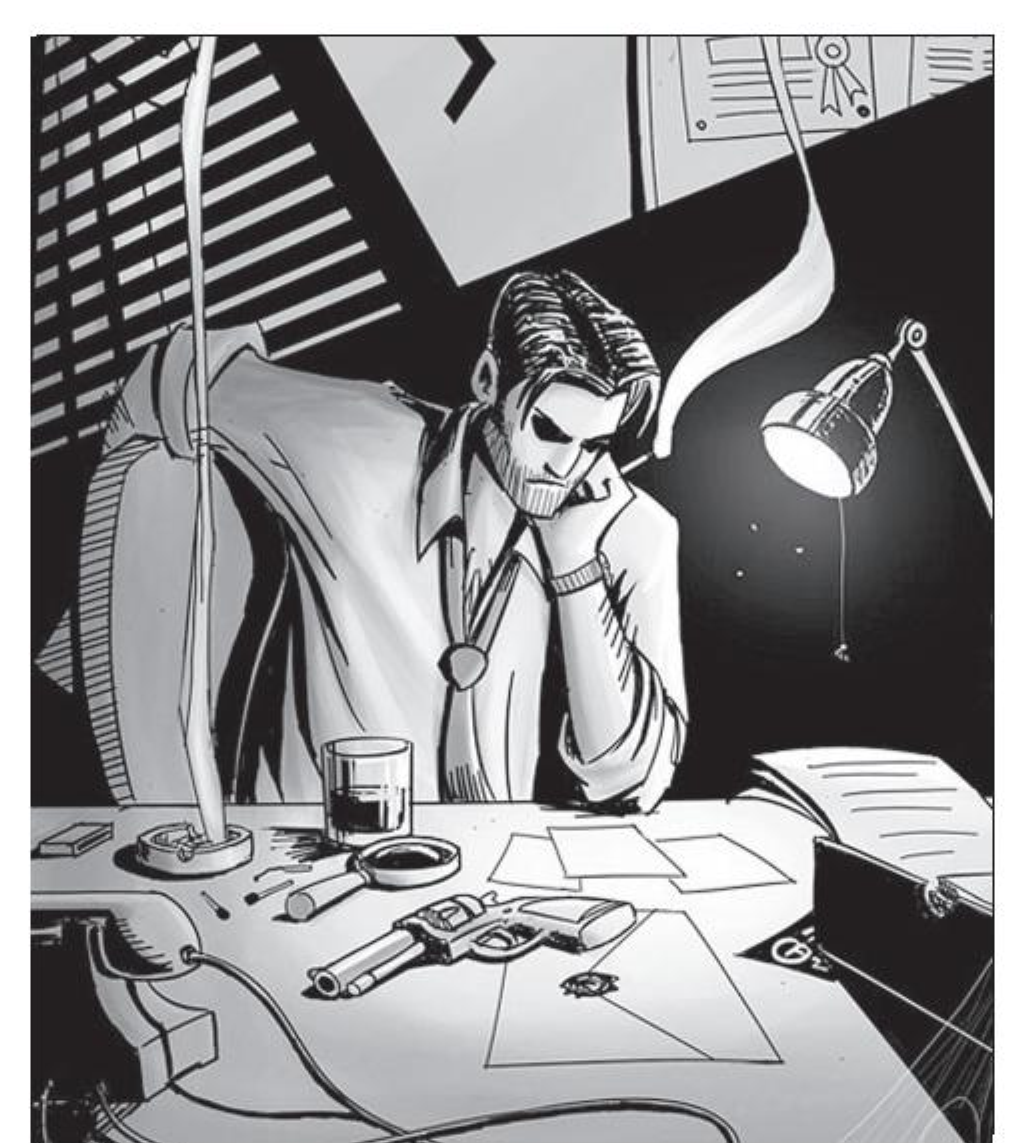


Ilustración: Kishore Mohan.

Luego sucedió algo.

Hace tres días el detective advirtió cuando la mujer recibía un sobre manila, con paciencia rompió el sello, retiró una hoja blanca y leyó el contenido al pie de la puerta. Al terminar, un poco aturdida, se pasó la mano por los ojos, se encaminó al refrigerador de donde extrajo una botella de vino blanco, se sirvió una copa, y ahí, frente a la estufa, comenzó a llorar. Luego destruyó la carta.

Lorena García, ese era su nombre de soltera, un día después, se cortó el cabello.

Ayer por la tarde, antes de terminar el reporte y pensarlo largamente, el detective, una vez más, optó por dejar fuera la botella de vino y el llanto de la mujer.

Sabes que está mal, se dijo, tal vez esto es lo que tu cliente esperaba encontrar, y ahora vas tú y lo arruinas todo. Luego se preguntó por qué lo estaba haciendo, pero no hubo respuesta. Solo sabe que la señora Ortega, con el paso de los días, algo le ha provocado en su interior. Sin más, apagó la computadora y salió del despacho.

En casa salteó un poco de cebolla en mantequilla, añadió páprika, ajo y jengibre, agregó tomate en cubos, maíz desgranado, agua y un poco de maicena para espesar la sopa. Cuando estuvo lista la sirvió en un plato con cebolla verde picada. Probó. Nada. Sólo aquella sensación de estar masticando aire.

Hoy, los Ortega salieron de viaje a Ixtapa Zihuatanejo, y las cámaras se mantienen encendidas igual que siempre. Cada una es testigo de cómo el sol avanza en esa gran calma de mármol y jarrones caros. A las nueve de la mañana, el espacio es perturbado por las mujeres de limpieza, entran, hacen el aseo y fuman en la cocina, cosa que nunca antes habían hecho. Vuelven a salir y de nuevo la casa queda sumergida en el resultado habitual del viaje y el abandono.

Al detective le dan ganas de ir por una de las cervezas Guinness del refrigerador de los Ortega y beberla donde usualmente la señora comía su yogurt con granola, donde leyó aquella carta y después destruyó. Se imagina subir al auto y manejar hasta la casa que no le pertenece, repetir los movimientos de Fidel Ortega cuando entra y sostiene a su mujer por la cintura para besarla. Adentrarse en su recámara llena de secretos. Piensa en las caricias grabadas en una de las cintas que resguarda en el archivero detrás de él. Piensa en el contenido de la carta destruida. En un hijo secreto de una relación pasada, en las palabras de un amante... Pero no tiene sentido, es algo más, se dice, y entonces piensa en temibles resultados de laboratorio de algún estudio médico. En que será necesario ampliar su investigación más allá de los confines de la casa de los Ortega. Ser su sombra, se dice. Estar a su lado. Beber Guinness con ella. Ir al mercado y comprar la verdura, la fruta, la carne.

Cuando la familia regrese, la casa seguirá tan callada y vacía como ahora, excepto por un fantasma que la transitará. Fidel Ortega trasponiendo la intimidad del refrigerador, sin poder decidir qué necesita. Los hijos con la mirada clavada en el techo de sus recámaras, Todos ellos pensando en lo qué ha sucedido, mientras la memoria de una mujer se pasea por las habitaciones o lee alguna revista de la ducha, y bebe y come frente a la alberca.

Todo está inmóvil. El hombre de las caguamas avanza cargado y sonriente de regreso a casa.

Pez Banana

Hace un par de meses se cumplieron 1500 días de la aparición de nuestro número cero. Hubiéramos querido celebrarlo con el ejemplar de aniversario que tiene en sus manos. Sin embargo, que el Pez salga de las aguas metafísicas de nuestros deseos es cada vez más difícil. De tener una periodicidad mensual en el segundo año, pasamos a una trimestral y justo ahora salimos cuando se puede. Lo que valiera decir que siempre está latente la posibilidad de quedarnos en el fondo. Ya sin nada que hacer en la superficie. De modo que este número (ojalá no) quizá sea el último.

Para los que hacemos *Pez Banana*, lo mejor durante estos cuatro años ha sido toparnos con colaboradores y amigos. Encontrarnos con ellas y ellos en la realidad. Si es que esto ha funcionado (desde el punto de vista editorial) durante tanto tiempo, es por ellos. Por la calidad de sus análisis, imágenes, dibujos, viñetas y propuestas. A todas las personas que han participado en este proyecto les decimos: los queremos hasta en las profundidades del océano más oscuro. Gracias!





El género negro goza de buena salud en México. Para comprobarlo, aquí están estos veintisiete relatos. Basta con hacer una inspección ocular en la escena del crimen, recoger las pruebas, analizar las evidencias e identificar a los culpables.

Señores del jurado: he aquí los testimonios de los testigos. Se enterarán de que el cantante de narcocorridos Chalino Sánchez estudió Filosofía y Letras, escribía poesía y estaba influenciado por Federico García Lorca. La actriz Miroslava Stern, nacida en Checoslovaquia, tenía los mismos hábitos que cierto conde originario de Transilvania. La escritora feminista Anaïs Nin contó con la protección de un detective privado para un encuentro amoroso —y extra marital— en un hotel de Puerto Vallarta. Y ya que se mencionó un hotel: ¿sabían que en Ensenada existe uno con reglamento muy estricto, para uso exclusivo de asesinos, ladrones y estafadores? En cuanto a detectives, aquí hay varios: no son muy honestos ni sagaces, pero descubren a culpables y, en ciertos casos, hacen justicia por mano propia. No faltan, incluso, un policía judicial androide, una niña zombi en Viena y rituales aztecas de muerte, entremezclados con un sacerdote pedófilo, presidiarios y agentes federales violadores. Hay más: un inquietante enigma que involucra a las SS nazis y al Ejército Rojo en la Batalla de Stalingrado. Y de remate, un ghostwriter que salta a la fama gracias al asesinato de su empleador y un ex agente del Ministerio Público que finge estar muerto para poder terminar una novela sin que lo moleste su suegra.

Veredicto: toda antología es arbitraria, pero ésta es, sin duda, la más completa que se ha editado hasta el momento.

Roberto Bardini



En acuerdo la LXI Legislatura avanza a favor del desarrollo de Sonora

Por Emilia González

Las fuerzas políticas representadas en la LXI Legislatura trabajan bajo la premisa de la construcción de acuerdos por lo que durante el primer año de su ejercicio constitucional creció más del 120 por ciento su productividad en la búsqueda de establecer mejores herramientas jurídicas que permitan el desarrollo integral de la sociedad en la entidad.

Acompañados por el diputado Omar Alberto Guillén Partida, presidente del Congreso del Estado, los diputados Epifanio Salido Pavlovich, Moisés Gómez Reyna, Fermín Trujillo Fuentes, coordinadores de los grupos parlamentarios del PRI, PAN y PANAL, respectivamente, dieron a conocer un informe de los resultados de trabajo del Poder Legislativo.

Los integrantes de la Comisión de Régimen Interno y Concertación Política que preside el diputado Gómez Reyna, manifestaron de manera especial la labor que en tres meses se realizó para la implementación del Nuevo Sistema de Justicia Penal conforme lo marca la Constitución Federal.

De acuerdo al informe se crearon 26 nuevas Leyes, 161 Acuerdos, 76 Decretos a las normas jurídicas y siete reformas a la Constitución Política del Estado de Sonora.

Los legisladores coincidieron en señalar que se trabaja de cara a la comunidad, socializando los temas que se tienen, tanto en la agenda común, como los que la población propone a fin de contar con normas que permitan el desarrollo de la entidad.

Leyes destacadas

Ley de Niñas, Niños y Adolescentes;
Ley de Maternidad;
Ley de Transparencia, Acceso a la Información Pública y Protección de Datos Personales;
Ley para la Atención y Protección a Personas con la condición del Espectro Autista;
Ley para Fomentar la Donación Altruista de Artículos de Primera Necesidad;
Ley para la Protección, Conservación y Fomento del Árbol en las Zonas Urbanas y
Ley de Educación, todas para el Estado de Sonora.

Reformas Constitucionales

Se estableció la paridad vertical y horizontal para ambos géneros en la elección de ayuntamientos (50-50);
En materia de transparencia, que sustenta el Sistema Estatal Anticorrupción;
En materia de Combate a la Corrupción;
Equiparar los periodos ordinarios de sesiones del Congreso del Estado con los periodos de sesiones del Congreso Federal;
La reducción del número de diputados necesario para sesionar en el Congreso del Estado para evitar la parálisis de los trabajos del Poder Legislativo;
La facultad al Congreso a legislar en materia de adicciones y ludopatía;
La reforma que adecua los plazos para presentar las cuentas públicas, con los nuevos periodos de sesiones del Congreso.

Asesino o detective: no hay otra elección para un hombre.

Roberto Bolaño

